

---

IN MEMORIAM

ANTONIO TOVAR LLORENTE

La noticia de la muerte de Antonio Tovar, maestro y amigo fallecido este 14 de diciembre, ha sido, para mí y sin duda también para otros, causa de un dolor que la sorpresa no hizo más que aumentar. Es innecesario, además de prematuro, intentar hacer aquí una reseña de sus días y obras. Los iniciados en campos bien distintos conocen la inmensidad del vacío que deja su ausencia.

En cuanto a sus publicaciones, salvo las novísimas, hay, por otra parte, dos lugares a que se puede remitir al lector. Se trata de los dos homenajes que se le han dedicado: *Homenaje a Antonio Tovar ofrecido por sus discípulos, colegas y amigos*, Madrid, Gredos, 1972, y *Naucula Tubingensis. Studia in honorem Antonii Tovar*, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1984 (= *Tübinger Beiträge zur Linguistik*, Bd. 230). Aparecen en esas listas una variedad inmensa de temas y de lugares, y eso que por su mismo carácter no incluyen mucho de lo que salió a la luz pública de la pluma de Antonio. Esto aparece manifiesto, de forma lapidaria, en el preámbulo del primer homenaje. Valdría la pena de resumirlo, si no estuviera en latín, lengua de uso molesto hoy en día.

Consagrado como primera vocación a las *humaniores litterae*, dedicó sus esfuerzos tanto al griego, campo de su primera elección, como al latín, por el cual pasó como catedrático a Salamanca. Gente como yo ha sentido como un deslumbramiento ante el paisaje que ofrecía en *Lingüística y filología clásica: su situación actual*, Madrid, Rev. de Occidente, 1944, libro pequeño sobre grandes horizontes, hoy difícil de encontrar.

Las para nosotros lenguas clásicas se encuentran dentro de un campo muy amplio, tan amplio que hoy es punto menos que

---

---

imposible de abarcar. A él iba dirigido el *Manual de lingüística indoeuropea*, en cuadernos, que, aunque no llegó a su término final, ofreció a los estudiosos la mitad (7 de 14) de lo prometido. Tovar, que como salta a la vista no podía dominar los procelosos aires del C.S.I.C., no solamente se encargó de su dirección, sino que también escribió los manuales de gótico y eslavo antiguo además de traducir, con Virgilio Bejarano, el *Historical Reader of Old Irish* de Pokorny.

El amor por lo lejano, que a menudo causa pérdidas graves, no le hizo olvidarse de lo próximo, que en el caso de las lenguas indoeuropeas era el céltico. No hay que olvidar, por abreviar una larga historia, que Gómez Moreno, tras un extendido intervalo ocasionado por la escasa difusión de sus ideas, consiguió que el problema de los textos antiguos hispánicos pasara ya con pleno derecho del campo de la epigrafía al de la lingüística; luego Tovar (como también Bähr y Caro Baroja) se ocuparía del celtibérico, cuyo carácter céltico demostró. Véanse sus *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949, reunión de trabajos en parte recién publicados. Estos *Estudios*, como bien se sabe, tienen un muy largo cortejo de escritos sobre el celtibérico, el lusitano (cuya autonomía defendió siempre) y las lenguas no indoeuropeas de Hispania. Baste con citar a título de muestra su libro *The ancient languages of Spain and Portugal*, Nueva York, Vanni, 1961. Y señalar que han quedado sin presidente los Coloquios sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, luego paleohispánicas, el último de los cuales se ha celebrado este año en la Facultad de Filología y Geografía e Historia de la Universidad del País Vasco, en Vitoria.

Entre estas lenguas antiguas, Tovar no olvidó el euskara, ya desde los mismos principios de su actividad lingüística: no hace falta explicar, creo, cómo y por qué esa lengua que es actual es también antigua. Sus trabajos en este campo, desde las dos ediciones de *La lengua vasca* hasta *Mitología e ideología* (por quedarnos en los libros), deberían ser conocidos al menos por nosotros, aunque quizá no siempre lo sean.

Con todo, no es esto acaso lo más importante por lo que nos toca. Recordemos —los recuerdos no personales se suelen trans-

---

---

mitir de palabra y por escrito—, recordemos la triste situación en que quedó nuestro País a consecuencia de la guerra civil. En el terreno cultural, si se entraba en lo histórico y en lo lingüístico por ejemplo, reinaba el desaliento y hasta algo que, por emplear un eufemismo, llamaremos temor: no hay que olvidar que éste es contagioso en ciertas situaciones e inhibe hasta las actividades más naturales.

En esa situación, Tovar fue uno de los escasos hombres que formaron el puente posible con lo anterior a 1936. Fue nombrado rector de Salamanca, lo que le permitió hacer que aquella Universidad, más realzada por la leyenda que por la historia en los últimos siglos, se convirtiera en un pilar que se reveló permanente, y no sólo en lo que se refiere a la Filología Clásica. Y, dentro de su amplísima concepción de lo que debía ser una institución de esta clase, creó en ella la cátedra 'Manuel de Larra-mendi' de Lengua y Literatura Vasca.

Esta cátedra funcionó como podía, dada la escasez de medios de que disponía, pero a pesar de esto, pasaron por allí Lafon, Bouda, Martinet, Bottiglioni y otros sin duda que no recuerdo. He dejado para el final a gente vasca como Gorostiaga o Altuna o el autor de estas líneas.

Esto fue con toda evidencia un gran impulso para nuestra remolonería. Sería injusto olvidar que Tovar fue nuestra protección, la primera persona a quien acudíamos en cuanto se producía alguna de aquellas continuas molestias y dificultades. Por eso me es grato señalar que en la lista de «Honores y distinciones» que figura en el homenaje de 1972 éste es el primero que se ha recogido: «Miembro correspondiente de la Academia de la Lengua Vasca (1947)». Era, al morir, académico de honor.

No ha sido la Academia la única entidad vasca que le ha contado entre los suyos. Está la Real Sociedad Vascongada en cuyo *Boletín* colaboró a menudo y, para recalcar lo evidente, este Seminario Urquijo no nació sino en relación con Salamanca y su Facultad de Letras, relación que, en vez de romperse, se duplicó. Luego eran Salamanca y su antiguo rector, estuviera donde estuviera.

---



Como persona, sin caer en los énfasis de rigor ya que no era nada enfático, fue un hombre de suma sencillez y de un desinterés, que bien puede llamarse austeridad. De su laboriosidad sin vacaciones se cuentan anécdotas casi increíbles. ¿Cómo, sin ella, se habría lanzado a tantos viajes y estancias cis- y ultramarinas? Se afincó al fin en Alemania pero no dejó, ni allí ni aquí, de ocuparse de los temas, cada vez más amplios, a los que dedicó su atención. Enseñó en América del Norte y del Sur, donde hizo trabajo de campo con lenguas amerindias, además de clasificarlas y considerarlas en distintos aspectos.

Esta amplitud no significa en manera alguna dispersión. Tovar fue, con todo, muy poco especialista en su trato personal. Era un hombre de intereses tan vivos como varios que tocaba con sencillez. Y era de los que, por suerte para gente como yo, había conocido personas y cosas *de visu*, no de leídas.

Hablaba con toda libertad de aspectos de la historia antigua y reciente. La acepción de personas no era lo suyo, ni mucho menos: puedo considerarme prueba suficiente de ello ya que, bien a sabiendas de que no éramos precisamente correligionarios, él empezó a llevarme a Salamanca cuando yo no era doctor siquiera. Luego, cuando ya se marchó a Madrid, me dejó amigos que prolongaron mis estancias allá y terminaron por retenerme. Con todo, fue de él, como en el caso de la lengua vasca, de quien partió el primer impulso.

Que estas líneas apresuradas sirvan de algún modo de expresión de un pesar que unimos, en su lejanía, al dolor de los próximos y muy en particular a quien ha sido esposa, amiga y colaboradora. Descanse en paz.

M.

